

LA TRANSFORMACION DEL IDEAL UNIVERSITARIO *

Adolfo POSADA

Llega el momento de dar por terminadas mis tareas entre vosotros y surgen en el ánimo los sentimientos más encontrados: el que supone el deseo natural de reanudar pronto una vida de afectos y de labor interrumpida allá en la patria y el que entraña el dolor de dejaros, interrumpiendo, quién sabe si para siempre, por lo menos de un modo indefinido, la comunicación personal directa con esta Universidad de La Plata, con sus hombres, el comercio animador con su ambiente atractivo. ¡Qué días los días de esta inolvidable temporada de trabajo y de estudio! ¡Qué días más útiles para el espíritu los de esta comunión intelectual y moral con las gentes de esta nueva institución docente llamada a tan altos y simpáticos destinos! Es seguro que ellos perdurarán en el recuerdo, porque labraron hondo en el alma; más, adquirirán saliente relieve luego que allá, lejos de aquí, el reposo y la reflexión hayan hecho cuajar en su término propio las variadas, riquísimas y confusas impresiones recogidas en esta gran América, tan llena de problemas y tan repleta de vida, de belleza, de esperanzas y, además, tan dichosamente saturada del espíritu español.

¿Cómo no han de perdurar y acentuarse los recuerdos de esta vida en nuestra Universidad? En primer lugar, le debemos mucho: a ella, a su insigne presidente, se debe, en primer término, la realización práctica de este intercambio universitario, acariciado como un gran anhelo, por aquella modesta Universidad de Oviedo y por otros grupos intelectuales españoles que estiman el contacto intelectual con esta América como un contacto salvador, condición indispensable para otras intimidades de excepcional valor ético. La labor del profesor Altamira, que iniciaba el deseado intercambio, tuvo su primera manifestación en estas aulas, bajo vuestros auspicios, por obra de invitaciones animadoras del doctor González. Y es, en verdad, muy sugestivo que la más joven de las Universidades americanas, la que, sin romper moldes que dichosamente no la estrechaban, con más decisión, entusiasmo y eficacia facilitase la labor de intercambio universitario con España, poniéndose así, desde luego, en la corriente cultísima en que ya marchaban las grandes Universidades europeas y norteamericanas.

Luego, vuestra acogida simpática, cariñosa; he estado aquí y he podido trabajar en vuestras clases, como en mi antigua y querida Universidad, viviendo horas dichosas y tranquilas de contacto espiritual en un ambiente social y estudiantil lleno de solicitudes y de apoyos entusiastas. Lo mismo en el curso público que en los trabajos más íntimos de seminario, he podido apreciar ese interés indispensable para que pueda desarrollarse toda labor docente en las condiciones más adecuadas. Tiene, sin duda, una significación muy digna de tomarse en cuenta la variada composición de las gentes que forman el auditorio de los cursos públicos; ella revela de qué suerte arraiga en el espíritu social el esfuerzo que por la intensificación de la cultura realiza con tan plausible persistencia la Universidad. Pero aún tiene, a mi juicio, mayor importancia, para apreciar la orientación que preside la labor universitaria, el pequeño grupo de estudiantes que, con asiduidad y entusiasmo no interrumpido

* Discurso pronunciado en la Universidad de La Plata al recibir *honoris causa*, el título de doctor. BILE. Madrid, 30 de noviembre de 1910, núm. 608, pp. 321 a 329.

pidos, acudieron a los trabajos de seminario colaborando en la obra de investigación. En rigor, estos pequeños núcleos de verdaderos discípulos de la casa, que se entregan con alma y vida a las tareas de la investigación pura, son los que forman o pueden formar el alma íntima de la Universidad, su nervio, la raíz en que tiene que asentarse todo el edificio universitario. Pero también hace falta el otro elemento que trae la simpatía social y el calor de la opinión a la Universidad.

De todas suertes, desde el momento en que se pueden señalar en una Universidad esas dos manifestaciones de la labor docente, ya no es aventurado afirmar que ella responde a esa orientación todavía borrosa y mal definida que parece seguir el ideal universitario contemporáneo.

CRISIS DEL IDEAL UNIVERSITARIO

Y que no es fácil determinar este ideal universitario de nuestros tiempos. La historia ha producido diversos tipos o cristalizaciones de la vida universitaria, pero todas experimentan honda y grave crisis, que afecta tanto al concepto mismo de la Universidad como a su organización. Son muchas y muy complejas las fuerzas que obran en la producción de esa crisis; institución viva, social, la Universidad no podía sustraerse al influjo de los cambios que entraña el vivir moderno; no era posible el advenimiento de la democracia, el surgir de los nuevos ideales políticos y sociales, sin que todo ello obrase en el proceso de las funciones universitarias.

Examinando detenidamente las causas determinantes de la crisis del concepto y de la organización de la Universidad, quizá podrían señalarse como influjos de mayor valor los siguientes:

1.º La radical transformación del ideal de la enseñanza, que quiere ser, cada vez con más intensidad y fuerza, una acción educativa, una relación moral en todos los grados, a partir de la escuela primaria hasta el Instituto científico de la más elevada investigación.

2.º La creciente importancia que se da a la investigación científica pura, desde todos los puntos de vista, incluso el de la formación de las fuerzas productivas nacionales; aun considerada la Universidad como escuela profesional meramente, estimase como una necesidad de los tiempos el procurar a lo profesional una sólida base científica.

3.º La conciencia, cada día más clara, de la urgente necesidad de atender en todos los pueblos a la formación reflexiva de las clases medias cultas y de las clases directoras preparadas.

4.º La intensificación de la función educativa, como una función social que pide y exige la constitución de órganos propios, que no deberían ser otros que las mismas Universidades.

5.º La atracción exterior de las necesidades sociales generales, que suscitan la acción universitaria, imponiéndole como un deber de su instituto la prestación de su concurso para la difusión de la cultura por la sociedad entera.

Por otra parte, la Universidad no puede, en país alguno, sustraerse a las preocupaciones que susciten los problemas nacionales; parece que la Universidad está llamada a ser la institución más representativa del ideal na-

cional, sin dejar de ser por eso el órgano más adecuado de las relaciones internacionales más expansivas.

Según decíamos, la crisis de la Universidad afecta tanto al concepto de la misma como a su organización. Estudiando este problema, nuestro querido maestro el señor Giner hace estas consideraciones en su libro sobre *Pedagogía universitaria*: «El concepto de la Universidad y su fin se hallan hoy también en crisis, en parte por la organización, cada día más diferenciada y compleja, de la enseñanza *técnica*. Pues si bajo este nombre se quiere entender la que prepara para aquellas profesiones que constituyen una aplicación de las ciencias matemáticas y naturales, no cabe comprender, dejando aparte sus motivos históricos, como, por ejemplo, la Farmacia, la Arquitectura, la Medicina o la Veterinaria pueden pertenecer a la Universidad, en una u otra forma, directa o indirectamente, según acontece entre nosotros; y la Agricultura, la Ingeniería de montes o la de minas, a la enseñanza *técnica*. Y si ésta sólo abraza la preparación para ciertas profesiones reglamentadas y organizadas bajo la garantía del Estado, ¿cómo excluir de ella a la Abogacía o la Medicina? Además, el naturalista, el lingüista, el historiador, el filósofo ejercen también profesiones tan especiales como la tintorería o la construcción de maquinaria, y aun, a veces, reglamentadas, como ocurre con el magisterio público. También se halla hoy día en crisis el concepto de la Universidad, muy principalmente, por lo que toca a sus fines sociales...»

La Universidad, por lo que respecta a su función y representación, fluctúa entre corrientes encontradas que la llevan de la tendencia predominantemente utilitaria a la científica pura, y de ésta, a la pedagógica y social. Pero en medio de la complicación y de la lucha de ideales, parece dibujarse uno que nos ofrece la Universidad, como indica el señor Giner, al modo de la más alta esfera de la educación intelectual, o sea la científica; pero no reducida la acción a la mera relación del conocimiento, sino que ha de representarse la Universidad «como el superior instituto de la educación nacional en todos los órdenes de la vida». La Universidad, en tal respecto, es una prolongación intensificada de la escuela misma, y, sin renunciar en manera alguna a la formación profesional y a la formación de la ciencia, estima como su fin más propio la elevación de la vida, el cultivo del ideal, dirigiendo su esfuerzo supremo a convertir el ideal en norma de conducta.

Esta concepción de la Universidad, que acaso todavía no es más que una aspiración, obra, sin embargo, en la orientación actual de las Universidades clásicas y en la formación de las Universidades nuevas.

Bien conocidos son los tipos que podemos llamar clásicos de la Universidad. «La idea de la Universidad —escribe el señor Giner— en unos pueblos, es la de una oficina de preparación mecánica a los exámenes, como condición previa para la expedición de certificados, títulos y diplomas, que es lo que se busca; no hay que decir cuáles son estos pueblos. En otros, es la de un centro para formar hombres de ciencia, orientados en sus varias corrientes y capaces de dirigirlas en su caso (Alemania). En otros, el grado superior de los institutos consagrados a dirigir la educación total humana, concertando y equilibrando sus diversas fuerzas en el desarrollo más enérgico de la personalidad individual: este es el ideal clásico inglés.»

La acción de influjo de la crisis del ideal universitario, por una parte, ha determinado la disolución más o menos efectiva del tipo meramente profesional; por otra, provoca modificaciones esenciales en el proceso de las Universidades educativas y científicas; y así es indudable que «las Universidades

inglesas dan cada día señales de robusto vigor intelectual», y «la Universidad alemana, como el más alto instituto de la nación, es cada vez más y más educativa, sólo que dentro de su peculiar esfera: en la investigación y en la enseñanza».

LA IDEA MODERNA DE LA UNIVERSIDAD

El influjo agitador de la crisis del ideal universitario se manifiesta también en las Universidades nuevas o de pueblos más o menos nuevos. Bastaría examinar el cuadro de las Universidades norteamericanas para demostrarlo. Realmente nada más difícil que concretar en una institución viva e histórica el ideal moderno de la Universidad. Sin embargo, si recogiéramos los rasgos más salientes con que parece bosquejarse, en la conciencia culta, la idea de la Universidad que demandan las necesidades de los tiempos, y que impone la orientación de la pedagogía moderna, podría quizá afirmarse que, en general, se propende a sintetizar en nuevas formaciones los tipos clásicos de la Universidad que llamamos científica y educativa. A mi juicio, la Universidad que poco a poco se condensa y dibuja es científica, educativa y, además, social, para responder a las ansiedades de la época, que piden cada día con mayor apremio, con la *socialización* de la ciencia y de la enseñanza, la difusión expansiva de la cultura.

Mas para que la Universidad sea todo lo que se indica, debe antes y a la vez ser, en efecto, Universidad; quiero decir, corporación viva, y esto en dos sentidos: económico y docente; en otros términos: debe la Universidad recabar y merecer las condiciones de una plena autonomía para producirse como la institución social por excelencia de la ciencia y de la enseñanza. Una reunión de profesores que sólo tienen con la Universidad el contacto que supone el desempeño de una clase, y una masa de estudiantes dispersa por una población, que sólo acude a las aulas con la esperanza de obtener un diploma o un título, no forman Universidad. Esta exige la existencia de un espíritu común en el personal de profesores y alumnos, pide una compenetración de aspiraciones y de ideales, y la consagración del esfuerzo más importante de la vida individual a la labor universitaria. La necesidad social—más: humana—de las funciones atribuidas a la Universidad justifica plenamente su existencia y la condición de la autonomía; pero la autonomía de una institución no surge porque así se declare en un documento legislativo, en un decreto de Gobierno, en un estatuto fundacional: la autonomía es una conquista que ha de merecerse diariamente, merced a la demostración viva de la capacidad necesaria.

La Universidad, decía, deberá ser científica, esto es, ha de poner como primer justificante de su existencia la función colectiva de la investigación pura y desinteresada de la verdad, por lo que ella vale y por lo que ella sirve para la elevación y ennoblecimiento ético del hombre. Esta función primordial de la Universidad exige, como condición esencial, que la verdad y la ciencia sean la única preocupación y guía de la acción universitaria; en otras palabras, pide que la Universidad se mueva en un ambiente de imparcial neutralidad, fuera por completo de las pasiones de partido, y libre, en absoluto, de los prejuicios confesionales; sólo así puede, por otra parte, ser la Universidad institución de paz y de armonía. Nada más contrario al espíritu científico y a la acción cultural universitaria que la labor de propaganda

política o de proselitismo confesional: el profesor debe ser guía en la investigación de la ciencia, preocupado tan sólo con los intereses de la ciencia y de la educación, sean cuales fueren sus ideas y opiniones políticas y religiosas; el profesor que convierte el aula en tribuna de propaganda y que se cree en el caso de imponer, o simplemente de declarar, sus opiniones personales en política, en religión, en materia social, deja de ser profesor, perturbando en la raíz misma la dignidad de la labor universitaria. Y todavía pide otra condición la función científica de la Universidad, a saber: la consagración de lo mejor de la vida a la obra de la investigación por parte del personal universitario. No es fácil, si es que es posible, que una vida dispersa en una compleja variedad de ocupaciones, pueda realizar con la debida eficacia la función de la investigación y de la enseñanza. El laboratorio, el seminario, la clase..., piden una vocación decidida y una dedicación entera de las facultades y energías personales. El pueblo que aspire a tener instituciones universitarias adecuadas, y en consonancia con las exigencias de los tiempos, debe poner, como una de las primeras preocupaciones de su política pedagógica y social, la formación en condiciones apropiadas del profesor y del sabio. Ciertamente que a la Universidad misma toca preparar el espíritu público, y más especialmente suscitar en la juventud aquellos sentimientos de austeridad y de desinterés indispensables para que se produzca el sabio, el educador, el filósofo, el investigador científico; pero corresponde a la sociedad, y al Estado en su nombre, procurar, mediante la prestación de condiciones económicas mínimas, que la función del profesor o del educador se desarrolle con la apetecida independencia y dignidad.

Debe ser la Universidad, además, decía, educativa; es, en rigor, o debe ser la institución social de la enseñanza; y esto en dos relaciones capitales: en primer lugar, en el desarrollo mismo de su función científica y en su acción corporativa sobre los estudiantes; en segundo lugar, en cuanto la Universidad está llamada a recoger y dirigir el organismo entero de la educación y de la enseñanza. La Universidad debe ser una comunidad de vida que se genera en virtud de las relaciones de intimidad entre el maestro y el discípulo, único modo de producirse la acción eficaz del influjo educativo. En la formación del científico no debe jamás la Universidad olvidar la formación del hombre. Ya se tome la investigación científica como el fin principal de la Universidad o bien se considere aquélla como un medio entre otros para elevar la tonalidad ética e ideal de la vida, la función educativa de la Universidad surge necesariamente desde el momento en que la investigación científica se practica en aquel ambiente de serenidad que la obra de la ciencia pide y estableciéndose relaciones de intimidad entre profesores y alumnos, relaciones que imponen hoy, por fortuna, el laboratorio, el seminario y los métodos de investigación y de enseñanza que se estiman más eficaces. Y no se contrae a esta esfera de acción científica la acción educativa de la Universidad. El ideal parece, inspirándose en la tradición inglesa, exigir que la Universidad sea, sobre todo, un ambiente social, de altas condiciones morales, ambiente que envuelva totalmente al discípulo, para procurarle todo un organismo de influjos que hagan de él el hombre sano de mente sana, el caballero fuerte, honrado, de maneras distinguidas, de gustos exquisitos...

¡Qué admirables condiciones ofrece el medio en que se forma la Universidad de La Plata para crear el ambiente universitario! En este parque, en estos laboratorios y museos, hay cuanto puede pedirse para que el espíritu educador de la Universidad surja vigoroso.

La otra relación pedagógica o educativa de la Universidad, o sea, la que implica la compenetración de la Universidad propiamente dicha con los demás grados de la enseñanza, viene impuesta por el reconocimiento del carácter educacional de toda labor docente, y por la necesidad de orientar, según un mismo ideal, la educación de un pueblo. A mi juicio, una de las indicaciones más dignas de encomio en la organización de la Universidad de La Plata es la que implica la incorporación a la vida universitaria del colegio nacional, y la importancia dada a la formación pedagógica del profesorado secundario. Un paso más podría darse en este sentido, procurando traer a la esfera de acción de la Universidad la escuela primaria, mediante, sobre todo, la formación universitaria del maestro. Por fortuna, va desapareciendo el extraño prejuicio, según el cual la Pedagogía era materia reservada al maestro de escuela, e impropia en la labor del catedrático de Universidad, y aquel otro prejuicio merced al que, al graduar jerárquicamente, por razones administrativas, la enseñanza en primaria, secundaria y superior, se establecía una jerarquía de Pedagogías perfectamente absurda. Es muy general ya la idea, según se ha visto, de que la Pedagogía y la educación importan mucho a las universidades, y también es muy general la creencia de que en lo sustancial la Pedagogía del maestro de escuela tiene la misma justificación y las mismas bases que la Pedagogía universitaria. De la compenetración de la Escuela en la Universidad mediante la formación universitaria del maestro resultarán beneficiadas la escuela, por la más alta tonalidad cultural del maestro universitario, y la Universidad, porque al imponerse la responsabilidad social de la formación del maestro, habrá de intensificar necesariamente su interés por la acción educativa.

La Universidad, decía, debe ser, además, «social»: esto es, debe tener una función social; se la impone la condición de los tiempos. No podía la Universidad aislarse encastillada en su función específica. El movimiento de las fuerzas populares en la vida contemporánea, el advenimiento del proletario como factor social de gran potencialidad, la intensificación de los sentimientos de solidaridad humana: he ahí otras tantas causas o excitaciones que han venido a romper los moldes o los muros de la Universidad aristocrática o retraída, incitándola a derramarse como lluvia benéfica por todos los campos de la vida nacional. La Universidad, pues, se ha visto en la precisión de aceptar el nuevo «deber social» y de lanzarse a la obra salvadora de la regeneración de las gentes que no pueden ir hasta ella, los distraídos y los humildes, por obra de la educación y de la cultura, y sólo a ese precio podía la Universidad ponerse a tono con las exigencias de los tiempos, para continuar siendo o para ser una fuerza viva e impulsora de su pueblo. Una demostración real e histórica de este nuevo aspecto de la vida universitaria se ofrece hoy en el movimiento llamado de «extensión universitaria», iniciado como sabéis por las universidades inglesas de Cambridge y de Oxford, y traducido, según su peculiar genio, por las universidades europeas y americanas. Aún podrían señalarse otras manifestaciones de esta acción social de las universidades, acción social con fermento ético siempre; bastaría recordar el ejemplo de las residencias universitarias en los barrios pobres de Londres, etc.

No insisto, por no cansaros, en explicar estas funciones propias de la Universidad moderna; pero permitidme antes de dejar este punto que copie a continuación esta bella página, en la cual el maestro Giner bosqueja la idea de la nueva Universidad: «La nueva Universidad, cuyas líneas poco a poco van

dibujándose en nuestro tiempo, tiende a ser, pues, un microcosmos. Abraza toda clase de enseñanzas; es el más elevado instituto de investigación corporativa científica; prepara no sólo para las diversas profesiones sociales, sino para la vida en su Infinita complejidad y riqueza. Estimula al par, con la vocación para el saber, la reflexión intelectual y la indagación de la verdad en el conocimiento, el desarrollo de la energía corporal, el impulso de la voluntad, las costumbres puras, la alegría del vivir, el carácter moral, los gustos sanos, el culto del ideal, el sentimiento social, práctico y discreto en la conducta. De esta suerte, dirige hacia un tipo de vida cada vez más completo, no el adiestramiento cerrado de una minoría presumida, estrecha y gobernante, sino una educación abierta a todos los horizontes del espíritu, que llegue a todas las clases e irradie hacia todos lados su acción vital, no sólo de conocimiento, y no digamos de mera instrucción, sino de ennoblecimiento, de dignificación, de arte, de cultura y de goce. Esa Universidad, con la extensión popular, que le da por alumnos todas las edades y las clases, la colonia rural y la urbana, la cantina, los baños, el alpinismo, la audición musical, los juegos y deportes, el periódico, el libro, la biblioteca circulante, las excursiones al campo, a la granja, al museo, a la mina, al monumento, al taller y tantas otras vías de infiltración, ahondando en la unidad del alma nacional, difunda en buena hora por todos sus ámbitos el piadoso anhelo de una sociedad y una vida cada vez más humana.»

LA UNIVERSIDAD Y LOS PROBLEMAS NACIONALES

La Universidad, en efecto, tiene que ahondar por todas las vías y medios en el alma nacional. He aquí sin duda uno de los más importantes problemas relacionados con las funciones de la Universidad, problema grave en todas partes, pero quizá más grave todavía en los pueblos nuevos, y que tienen de seguro un carácter especial en aquellos que, como el vuestro, atraviesa por un período de formación febril e intensa, en condiciones de excepcional interés, determinadas por las corrientes impetuosas de una inmigración variada y diversa.

¿Cuál es, en efecto, la función de la Universidad y de la enseñanza en la formación de un pueblo y de un espíritu nacional que exige la fusión previa y constante de elementos étnicos tan heterogéneos? Es cuestión ésta harto difícil para que yo me atreva a afrontarla y mucho menos a resolverla. Pero era obligado que aquí se aludiese a ella, porque estimo que debe entrañar una de las más intensas preocupaciones para esta joven Universidad. No olvidemos que una nación es, ante todo y sobre todo, una cultura, una unidad de cultura, y que solamente merced a la acción intensa y vivificante de esa cultura, puede producirse el fundente asimilador de las razas para construir el factor étnico que ha de obrar como nervio nacional. ¡Qué función más interesante y más difícil la de la Universidad en estas relaciones! Representación viva de los anhelos del pueblo, la Universidad está llamada a abrir en las conciencias de las generaciones, el cimiento ético de la nacionalidad, en lo que ésta tiene, o debe tener, de núcleo expansivo y de factor llamado a colaborar en el progreso humano y en la intensificación de la vida internacional.

Y cuenta que no se trata, en esta función de suscitar, producir y mantener una cultura nacional, de provocar una forma más del egoísmo colectivo. Sería, por otra parte, inútil pensar en la posibilidad de una cultura nacional, consu-

miendo la propia sustancia y cerrándose a la comunicación universal; la formación de una cultura nacional ha de realizarse buscando la inspiración, el excitante y el apoyo en las culturas superiores de los pueblos más civilizados, y en los influjos que puedan procurarle aquellas otras culturas de tradición y arraigo capaces de ofrecer al espíritu del pueblo nuevo las condiciones y aptitudes para la asimilación de los grandes ideales, y con ellas, el fundente constructivo de la nacionalidad misma. Vengan los elementos del saber y los estimulantes del sentir colectivo de todos los puntos del mundo: la Universidad, constituida en núcleo educacional y en foco de vida intensa, los hará suyos, los fundirá y les dará la fisonomía propia que al fin resulte de la asimilación conseguida. Es preciso huir a todo trance del aislamiento egoísta que estanca y pudre.

Pero hay todavía otras manifestaciones de la acción de la Universidad en la vida nacional: ella es, se dijo ya, la encargada, de una manera más específica, de socializar la cultura, llevándola a todas partes, de procurar la existencia de clases medias cultas, y de preparar la formación de los elementos directores del pueblo. Mediante la expansión de la cultura, realizada por obra de movimientos generosos de la Universidad, puede ésta muy bien contribuir, especialmente en los grandes centros urbanos, a suavizar las asperezas que es notorio existen entre las clases sociales, y que son la revelación clara y evidente de cómo se producen los problemas del trabajo, candentes más o menos en todos los pueblos cultos, progresivos, de gran comercio y de industria concentrada. Ni basta para que esas asperezas no sean un hecho doloroso, que exista un bienestar material relativo, ni que las condiciones de la vida sean en general fáciles; aparte de que en los grandes remansos urbanos, y en las grandes aglomeraciones obreras, se paga siempre un buen contingente de miseria social, no debe olvidarse que la cuestión que late en las asperezas de las clases sociales, no es sólo una cuestión económica: la cuestión social no es, precisamente, una cuestión de estómago; el problema es más hondo y más complejo, yo diría que es asunto de ética y psicología. Trátase de aspiraciones a un mejoramiento total de la vida, a una transformación radical de las condiciones sociales, para exterminar, en la raíz misma, la miseria fisiológica y la miseria moral. No es sólo cuestión de más salario y de menos horas de trabajo, es también cuestión de más cultura y de dignificación de la persona humana, a la que repugna la situación de dependiente o sometida, y que quiere que se le reconozca, en todo momento, como colaboradora en la producción de la riqueza y en la formación de las fuerzas sociales. Y no vale razonar contra la evidencia de los hechos: ellos son notorios.

Siendo esto así, no hace falta un gran esfuerzo para ver clara y precisa la función pacificadora, que puede ejercer la Universidad aproximándose al pueblo, introduciéndose en su alma, difundiendo, sin reservas, la cultura y suscitando, de paso, con el trato íntimo de sus hombres con las representaciones de los elementos trabajadores, las fecundas corrientes de confianza y amor.

Pocas palabras puedo ya decir respecto de la intervención de la Universidad en la educación de las clases medias y directoras: es ello urgente en todos los pueblos, pero lo es más todavía en aquellos en que la extraordinaria importancia de la vida mercantil y de los negocios, atrae con fuerza irresistible a las masas, apartándolas con brutal rapidez de los goces desinteresados y espirituales de la cultura.

Necesitaríase mucho mayor espacio del que puedo yo disponer, si hubiera de considerarse la acción de la Universidad en la formación de los elementos

directores. Pero contrayéndome tan sólo a una simple indicación, me permitiré recordaros a aquellos de vosotros que me habéis hecho el honor de asistir al curso público de Ciencia Política, las consideraciones que varias veces hubimos de hacer sobre la función reservada a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en la educación del político, del sociólogo y del reformador social.

EL INTERCAMBIO

Permitidme ahora que os hable unos momentos de este problema del intercambio universitario, tan íntimamente ligado, después de todo, con los temas antes indicados. Cuando tuve el honor y el gusto de hablaros por primera vez, dije que vierais en mí tan sólo un continuador de la obra iniciada, en esta misma Universidad, por el profesor Altamira. Al terminar mis tareas en América repito lo que entonces dije: he procurado ser fiel a mi primera declaración, y creo haberlo conseguido. Hago votos por que la labor continúe aquí y allá en España. Lo deseamos en España muchas gentes, y creo que nos conviene a todos. Mas para que la obra sea eficaz y digna, es indispensable que seamos sinceros, y que pongamos a todo trance las cosas en su punto. Importa afirmar, ante todo, que en España hay, por fortuna, en medio de nuestra vida nacional pobre y cansada, un fermento compuesto, sin duda, de diversos núcleos que, como en todas partes, desempeñan su función de minoría, inquietando, y removiendo, y tratando de orientar, en la dirección actual e inmediatamente próxima del mundo, a toda la masa, tantas veces, por desgracia, indiferente ante las sollicitaciones de la vida ideal y de los intereses espirituales. Hay entre nosotros aspiraciones indudables a incorporar a la vida nacional el sentido europeo, verdaderamente europeo, representado por Francia, por Inglaterra, por Alemania..., con orientaciones diversas que nos importa asimilar, cada día con más fuerza, para vigorizar con nueva savia nuestro dormido espíritu latino. Pero no pasamos de ahí: nuestro problema es el de una renovación de una nacionalidad de grandes tradiciones. El problema de estos pueblos nuevos, aunque planteado en términos distintos, puede tener sus analogías psicológicas con el nuestro. También aquí tiene su función propia el fermento agltador de la masa.

En esta situación, todos podemos ganar acentuando e intensificando esta relación de intimidad intelectual y moral, facilitada, ya que no impuesta, por la Historia, por la lengua y por mil analogías espirituales. Tenemos muchas cosas en que trabajar juntos, y en esta colaboración todos debemos y podemos salir ganando. España posee materiales de estudio que sería inútil buscar en otros pueblos, y que a vosotros os importan especialmente. La aspiración de los españoles que reflexivamente quieren la intimidad espiritual con los argentinos, y con todos los hispanoamericanos, es que os decidáis a aprender «con nosotros», para ayudarnos mutuamente a hallar juntos, mediante la formación de un espíritu común, nuestros métodos de civilización y de cultura.

No terminaré estas indicaciones sin recordaros lo que, al comenzar mi labor entre vosotros, os decía respecto de las disposiciones oficiales en España sobre este punto de las relaciones científicas con estas Repúblicas. Os manifestaba entonces, y repito ahora, que el Gobierno había encomendado al organismo científico que preside Ramón y Cajal (Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas), el estudio de aquellas relaciones, ofreciendo, desde luego, a los profesores y estudiantes de vuestros centros educativos,

cuantos servicios el referido organismo tiene organizados, tanto en España (por ejemplo, la Escuela de Estudios Históricos y la Residencia para estudiantes), como fuera de España, en relación con los pensionados que trabajan en los centros de enseñanza del extranjero. Como veis, pues, el deseo de acentuar las corrientes de intercambio intelectual, toman entre nosotros cierta dirección definida, respondiendo a los honrosos llamamientos que desde aquí se nos han dirigido. Importa que esas corrientes se acentúen, y yo estoy seguro de que esta joven Universidad de La Plata será uno de los factores más eficaces para la realización de tan fecunda obra.

☆

Es fuerza que termine y que nos separemos. ¿Y cómo hacerlo sin experimentar una emoción profunda? No en vano se crean lazos de simpatía y de cariño: repito que no podrán borrarse del recuerdo los días de La Plata; a sus profesores, a sus alumnos, a todos, la vivísima expresión de reconocimiento; a la Universidad, la más sincera de las manifestaciones de respeto: honrábame mucho al llamarme a su seno para prestar una enseñanza y colaborar en sus tareas, honrarme hoy de nuevo al incorporarme a su gremio. ¿Qué decir?... Yo ruego al doctor Rívarola, al sabio decano, mi querido jefe inmediato, pues a sus órdenes y en su Facultad trabajé en esta casa, que acepte esta manifestación de afecto de un colega entusiasta. Y al doctor González, al ilustre presidente y entrañable amigo, no sabría cómo manifestarle la calurosa simpatía que me inspiran su persona noble y austera y su obra genial y cultísima. Pero él lo sabe; él sabe, sobre todo, con qué interés seguía desde España la formación de esta nueva institución de enseñanza. Imagínese cómo habré de seguir ahora su expansión y desarrollo, después de estos días de intimidad inolvidables.

He dicho.